



LA SOCIEDAD DEL PELOTÓN

Filosofía del individuo
dentro del grupo

GUILLAUME MARTIN

 Libros de Ruta

LA SOCIEDAD DEL PELOTÓN

**FILOSOFÍA DEL INDIVIDUO DENTRO DEL
GRUPO**

Guillaume Martin



© Editions Grasset & Fasquelle, 2021, del texto original.

Publicado originalmente bajo el título *La société du peloton. Philosophie de l'individu dans le groupe*.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2022.

Gordoniz 47B

48012 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: mayo 2022

Autor: Guillaume Martin

Traductor: Marcos Pereda Herrera

Edición: Eneko Garate Iturralde

Foto portada: David Ramos/Getty Images

Diseño portada y maquetación: Amagoia Rekeró García

ISBN: 978-84-123244-4-0

eISBN: 978-84-123244-5-7

Depósito legal: BI 679-2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Antes de la carrera

Calentamiento

La salida - Cogiendo la escapada

Mitad de etapa - El pelotón controla

El final - Jugar para uno mismo, jugar con los otros

Reunión tras la carrera

Resumen de la carrera

ANTES DE LA CARRERA

El pelotón está compuesto por seres solitarios que no saben hacer otra cosa sino vivir juntos. Esta frase resume bastante bien el propósito de mi libro. La había pensado sobre la bici, en la Sierra Nevada española, a unos dos mil metros de altitud. Había rodado durante seis horas y cuarto, solo. Todavía me quedaba una treintena de minutos para llegar a mi alojamiento. Estamos en febrero. El cielo estaba completamente azul. A esta altitud todavía teníamos unos diez grados, lo que era muy agradable. Había hecho más de cuatro mil quinientos metros de desnivel durante mi entrenamiento, y quemé, aproximadamente, la misma cantidad de calorías. Escuchaba distraídamente un podcast sobre *Bárbara*¹ mientras admiraba, a un lado, la cumbre nevada del Pico Veleta, y al otro, más abajo, el valle de Granada. Me sentía maravillosamente bien. Las endorfinas generadas por el esfuerzo me permitieron alcanzar un estado de dulce contemplación que despertó en mí pensamientos que no habrían pasado por mi cabeza si me hubiese quedado en el escritorio, o si hubiese estado acompañado. Saboreé el momento, diciéndome que este día de soledad deportiva me había permitido tocar algo parecido a la gracia.

Y me interrogué. En lugar de practicar el ciclismo de forma profesional, con las dificultades que ello implica, el entrenamiento supervisado y milimetrado, el imperativo de triunfar sobre la adversidad en la competición, ¿por qué no elegir un modo de vida donde pudiera acceder casi cotidianamente a este éxtasis egoísta, sin que persona alguna pudiera venir a romperlo? ¿Por qué no embarcarme en una vuelta al mundo donde no hubiera nadie más que yo y mi bicicleta?

A esas alturas de mi reflexión, me vino a la cabeza que estos pensamientos serían dignos de servir de exergo al libro que estaba terminando sobre «la sociedad del pelotón». Y me di cuenta, en cierto modo, que todas estas impresiones personales las quería, quizá incluso necesitaba, *compartir*². Me di cuenta de que, por muy agradable que fuera esta experiencia, estaba hueca si continuaba siendo únicamente mía.

Cuando estoy con otras personas durante cierto tiempo, incluso con las más cercanas, llega un momento en el que tengo que apartarme de esa presencia humana. No puedo soportarlo más. Así que me alejo, durante unos minutos o unas horas, a un sitio aislado, o me voy unas semanas a una concentración individual. Sorprendentemente, siento pronto la necesidad de hablar sobre las aventuras o banalidades que vivo. Películas que me habrían aburrido de haberlas visto en compañía me fascinan ahora, y tengo un deseo casi imperioso de transmitir ese entusiasmo. Así que vuelvo a retomar el contacto con los otros, esos que hace unos momentos me exasperaban y ahora echo de menos. O escribo, que viene a ser lo mismo, ya que se trata, otra vez, de compartir lo que uno siente.

Esto que yo he descrito lo teorizó el filósofo alemán Immanuel Kant³ en el siglo XVIII bajo el concepto de «insociable sociabilidad⁴». La idea puede ser resumida

fácilmente: *no podemos vivir con los demás, pero tampoco podemos vivir sin ellos*. Creo que todos nosotros, a diferentes niveles, hemos experimentado esto. Somos seres solitarios que debemos vivir juntos.

Los ciclistas quizá cultivan esta paradoja un poco más que la media. Se dejan llevar por poderosos impulsos de autoafirmación. Se quieren imponer *a los otros*. Y, sin embargo, viven en comunidad, pasan dos terceras partes del año en una habitación con sus compañeros, están sometidos a las consignas de una dirección técnica y no tienen más remedio que colaborar en el seno de un equipo para triunfar sobre la adversidad en carrera. Deportistas con individualidad muy desarrollada, debemos continuamente lidiar con las limitaciones impuestas desde el exterior.

Sin embargo, esto no es nada comparado con la necesidad interior de establecer vínculos con los demás, a pesar de nuestra natural insociabilidad.

La verdad es que soy muy consciente de que me aburriría rápido si tuviera que dar la vuelta al mundo en solitario, si ya no pudiese saborear más la excitación de la lid, sonreír ante los halagos de los medios, trabajar en común para incrementar nuestro rendimiento o disfrutar del placer de ganar gracias a la ayuda de mis compañeros de equipo.

Si saboreo este momento de ingravidez y libertad, de focalización en mí mismo después de un largo entrenamiento en bicicleta allá arriba, sobre las laderas de Sierra Nevada, con auricular en una oreja, con los ojos y el espíritu bien abiertos, es porque, en el fondo, sé que unos días después volveré a encontrarme con mi equipo, mi *staff* y mis compañeros, y que el auricular se convertirá en un pinganillo, a través del cual una persona me hablará y al que yo podré responder. Puede que, incluso, me moleste

estar tan teledirigido, coaccionado, frustrado en mi deseo de independencia. Pero al menos tendré la oportunidad de encontrar a alguien con quien enfadarme. Incluso si son conflictivas, tendré interacciones. Una existencia sin coexistencia sería la peor de las cosas. Porque entonces resultaría imposible soñar con el placer que obtenemos al aislarnos de nuevo.

Mi vida cotidiana como ciclista es esto, esta gran discrepancia entre la necesidad de asociarse y la utopía de una vida ermitaña; me parece que, también, se acerca bastante a lo que cada uno de nosotros experimenta dentro del gran pelotón que llamamos sociedad.

- ¹ Poema del escritor galo Jacques Prévert. Cercano al surrealismo, algunos de sus trabajos se popularizaron gracias a la musicalización de artistas como Édith Piaf, Yves Montand o Juliette Gréco. N del T.
- ² Todas las cursivas son del autor. N. del T.
- ³ Immanuel Kant (1724-1804), filósofo prusiano, una de las figuras clave de la Ilustración. N. del T.
- ⁴ En su libro *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, 1784.

CALENTAMIENTO

Tres escapados luchan al final de una prueba ciclista para resistir el empuje del pelotón. Se aproxima peligrosamente, los fugados llevan en cabeza desde el inicio de la etapa, ciento ochenta kilómetros antes. A unos kilómetros de meta no les quedan más que treinta segundos de ventaja. ¡Pueden lograrlo! Siempre que se entiendan.

Los tres corredores saben que deben unir sus fuerzas para confiar en disputarse la victoria. Su salvación pasa por colaborar perfectamente hasta los últimos cientos de metros. Después llegará el momento de pensar en ganar la etapa, de explicarse «con las piernas» para designar el vencedor. La condición previa, necesaria, es llegar en posiciones para poder ganar.

Y, sin embargo, contra toda lógica, cada uno guarda un poco bajo el pedal, atento, esperando beneficiarse del trabajo de los otros y sacar las castañas del fuego al final. La incomprensión llega, el grupo en cabeza empieza a desunirse, pierde eficacia; inevitablemente son atrapados a falta de tres kilómetros. Todos han perdido todo.

¿No somos nosotros mismos, miembros de una sociedad que se enfrenta al mayor reto de su historia (el calentamiento global), igual que esos corredores que *saben*

cómo comportarse y, sin embargo, actúan de forma diferente? «Veo el bien, lo apruebo, y hago el mal», escribió Ovidio⁵ hace dos milenios. Debemos creer que la contradicción entre lo que manda la razón y nuestros actos actúa en todo momento. Por muy poderoso y amplio que sea el campo del conocimiento, se derrumba ante la debilidad de la voluntad, las tentaciones de la vida cotidiana, el apetito inmediato del individuo comprometido con el mundo.

Este misterio (¿por qué los comportamientos humanos toman a veces un camino radicalmente opuesto al indicado por las reglas de la lógica?) me fascina. A lo largo de mi carrera ciclista me he enfrentado a él en varias ocasiones, lo que no dejó de ser fuente de desilusión. Anticipé ciertas elecciones estratégicas de mis adversarios; me dije a mí mismo que, en vista de la situación de la carrera, el pelotón *no podía comportarse de manera distinta* a lo que yo imaginaba; establecí mi táctica en función de estas predicciones. A menudo me decepcionaba, desengañado por movimientos que resultaban ser aleatorios, endiabladamente incoherentes.

Hace unos años, me escapé al final de una carrera en Bretaña con otros siete u ocho corredores, entre ellos dos del mismo equipo, y apliqué la lógica pensando que uno se sacrificaría por el otro. Alguien atacó, miré a los dos compañeros, esperando que uno de ellos hiciera el esfuerzo. Nadie hizo nada. Sin duda había una rivalidad interna entre ellos, o quizás el director del equipo no estaba haciendo su trabajo. La cuestión es que, en última instancia, fui derrotado y no pude hacer otra cosa sino enfurecerme al ver que el futuro vencedor se alejaba mientras nosotros nos enterrábamos tontamente.

En varias ocasiones me sorprendí a mí mismo actuando a destiempo respecto a cualquier conocimiento ciclista,

atacando con todo cuando era necesario mantener la calma, o, por el contrario, esperando despreocupadamente cuando era necesario actuar, como si el fragor de la carrera me distrajese, me construyese un doble de movimientos incontrolables. Seguía siendo el mismo corredor, solo que este tenía dos voces disonantes que no podía hacer coincidir. La contradicción se había apoderado de mí. Ello me hizo perder varias victorias.

A menudo se habla de corredores que manejan «la ciencia de correr». La expresión está mal elegida. Sería más apropiado decir, como Louis Nucéra⁶ en *Mes rayons de soleil*⁷, que se tiene «sentido de la bicicleta, como se tiene oído musical». Una competición deportiva, y esto es lo que la hace tan encantadora, no obedece a leyes universales. No es solo cuestión de cifras, de ecuaciones, de *data*.

Es cierto que la ciencia se ha introducido de forma enorme en el ámbito del deporte durante las últimas décadas. Los equipos ciclistas se rodean de académicos que asesoran desde un punto de vista teórico sobre todos los aspectos del rendimiento. Trabajamos con potenciómetros, cuyos datos brutos permiten, a menudo, predecir las clasificaciones de las llegadas en alto, dividiendo los vatios que se desarrollan entre el peso de los ciclistas. De igual modo, la posición sobre la bici, el material, la ropa... todo ello está estudiado y optimizado. Las estrategias en carrera (colectivas, gestión del esfuerzo, nutricionales) son también anticipadas.

Pero, en medio de este océano de control y medición, una gota de locura se niega a ser integrada en la masa. Se llama instinto, inteligencia práctica, una cualidad que solemos atribuir a los atletas franceses (el famoso «*french flair*»), pero que está presente en todos los grandes deportistas, capaces de jugarse, en pocos segundos, meses de meticulosa preparación con un lanzamiento irracional de

dados. En el ciclismo el equipo británico Sky ha sido acusado a menudo de matar el Tour de Francia con su enfoque excesivamente analítico de la prueba. En 2016, sin embargo, fue gracias a dos golpes de locura (un descenso agresivo del col de Peyresourde, y un ataque en una etapa llana azotada por el viento) como su líder, Christopher Froome, ganó el tercero de sus cuatro Tours. El gusto por el riesgo le había ganado a la voluntad de control; el cuerpo superó a la mente. Y tuvo éxito.

Una lectura matemática no es suficiente para hablar sobre el deporte. Necesitas más. Ese algo más se llama lo humano. Es lo que provoca giros tan emocionantes como improbables, lo que decide el destino de una carrera, más allá de las instrucciones, de las cifras, de los estudios... Es el elemento humano lo que explica, en un contexto más serio, nuestra incapacidad para actuar colectivamente frente a la creciente amenaza ecológica, aunque ahora estemos todos, o casi todos, terriblemente alerta ante esta sombra que nos acecha.

Conozco el mundo que se está formando, lo desapruero y, sin embargo, participo en su construcción: esta es la tragedia del hombre moderno, perdido entre la búsqueda de su bien personal inmediato y la conciencia de los males que esa búsqueda acabará generando al final, desgarrado entre el sentido de la responsabilidad por el futuro de sus hijos, de su especie, y las limitaciones de una única vida. ¿Cómo conciliar el fin de mes y el fin del mundo, el pensamiento individual y el colectivo?

★★★

Es ilusorio creer que podemos estudiar estas cuestiones desde un punto de vista únicamente teórico. Los individuos no evolucionan en burbujas, están cruzados por sentimientos y emociones, reaccionan a los hechos, se dejan llevar por las intuiciones. La vida y el mundo son asuntos concretos: es así como debemos aprehenderlos. El escritor nunca es un demiurgo que domina su creación, sino siempre un ser de carne y hueso, en movimiento, que piensa a partir de lo que conoce, de lo que él es, de lo que le anima. En lo que me concierne, debo decir que el ciclismo me mantuvo muy ocupado y me enseñó mucho en estos últimos años. Aunque mis comentarios puedan parecer a veces abstractos, siempre es la carretera y lo que he vivido allí aquello que los inspira.

Platón⁸, en los orígenes de la filosofía, se había propuesto definir lo Justo, la Idea misma de justicia. Se dio cuenta de que el solo análisis especulativo se revelaba impotente ante un proyecto tan grande. Era necesario partir del mundo tal como lo conocemos y preguntarnos qué es un comportamiento justo, un hombre justo, una ciudad justa. En definitiva, era necesario enfrentarse a lo sensitivo para poder aspirar al logro que desea el filósofo: la sabiduría.

Al estudiar la sociedad ciclista, tengo como ambición decir algo sobre la sociedad en general. El microcosmos es a veces más fácil de deconstruir que el macrocosmos, del cual es réplica en miniatura. El deporte en particular, extremo por naturaleza, actúa como una lupa. Es metafórico y revela los puntos más destacados de la especie humana. Fuera caretas: en el esfuerzo hacemos muecas, nos quitamos la máscara. La adrenalina generada por la carrera desinhibe y desvela, nos hace actuar instintivamente, sin prestar atención en todo momento a las reglas del decoro. Yo no soy el mismo con un dorsal que

en la vida civil, ni mucho menos. Una vez puesto el *coulotte*, bajada la bandera, el hombre sereno que soy, reflexivo y más bien introvertido, da paso a su doble oculto, ni Mr. Hyde, ni Hulk, ni Superman, sino alguien endiabladamente virulento, pendenciero y gruñón, alguien que vitupera y se exaspera, que engaña y se lanza a escaramuzas. La actividad física revela a las personas en su versión más animal y más compleja.

El ciclismo, concretamente, tiene esto de especial porque enfrenta, sin escapatoria posible, ese problema aparentemente irresoluble: conciliar lo singular y lo colectivo. «Deporte individual practicado en equipo», la pequeña reina⁹ no corona más que a un único ganador, quien no podrá triunfar sin la ayuda de sus *coé quipliers*, sin una formación estructurada que lo apoye y eleve. El corredor habitualmente se enfrenta a un dilema: juega su carta personal haciendo caso omiso de las instrucciones del equipo, de las estrategias colectivas (pero entonces sus posibilidades de éxito, debido al aislamiento, son escasas, y se arriesga, además, a ser merecedor del oprobio por parte de su director y sus colegas); o bien se presta a un juego grupal, se pone a ello si le piden que se inmole¹⁰ por su líder al principio de la carrera (sacrificando así todas sus posibilidades de hacerlo bien, todas sus ambiciones, silenciando sus legítimos deseos de afirmación). La elección es imposible. Cada ciclista se debate entre varios planos, igual que el ciudadano de nuestras sociedades democráticas, desgarrado entre aquello a lo que le empuja su instinto y aquello que la ley, la moral o lo políticamente correcto dicta.

Estas exigencias contradictorias que inundan, de hecho, toda nuestra vida y podemos ver de forma ejemplar en el ciclismo, solo pueden conducir a incoherencias. Son la base de las crisis que atraviesan nuestro mundo.



Observo principalmente tres. La primera es estructural. Se trata de la crisis que atraviesa el propio modelo democrático, simbolizada por las elecciones de Trump y Bolsonaro, o por el voto a favor del Brexit. A través de estos acontecimientos hemos descubierto, o redescubierto, que el *démos*¹¹ no es un ente superior dotado de razón, capaz de analizar las cosas con desapego y discernimiento. Por el contrario, «el pueblo» (si es que este término tiene algún significado, pues los acontecimientos actuales nos muestran, cada vez más claramente, nuestra incapacidad para «hacer causa común», para aceptar la idea misma de una «voluntad general») se deja guiar por la emoción, las *news*¹², las imágenes. Poco importa si todo es cierto o *fake*¹³, lo que cuenta es que hace ruido. El gobierno del pueblo se ha convertido en un gobierno del populismo. ¿Alguna vez fue diferente? Me parece que el espíritu mismo de la democracia está viciado desde el principio, en tanto que supone capacidad del individuo para desprenderse de su persona y asumir una posición neutra de voladizo, juez de los deseos mundanos capaz de abstraerse sobre el reino de las contingencias. Esto es, evidentemente, imposible: no somos dioses, sino humanos, singularidades comprometidas en una existencia siempre particular, donde domina la ilusión y donde las voluntades de muchos suelen ser incompatibles entre sí. El ciclista que se compromete plenamente con su carrera no puede pensar en la organización del pelotón como un todo; él quiere completar su recorrido lo mejor posible y, si es posible, triunfar sobre los otros.